

Recreo sobre las nubes

“Dos minutos y medio —decía Jean Paul— tiene la vida del hombre: uno para reír, otro para llorar y medio para amar, porque en el transcurso de este minuto muere”.

No sé por qué asocio este pesimismo de Jean Paul a la idea de las nubes. ¿Será porque en ese medio minuto —el del amor— las nubes se forman y se desvanecen como ilusiones que parecían intocables? No he logrado alcanzarlo, mas lo cierto es que no podemos divorciar a las nubes de cierta idea de fuga, de transformación y desvanecimiento. Un poemita mío (Mini-mo estar, 1959), dice:

Fue nuestro encuentro parecido a la brevedad de las nubes, que pasan, raudas, dejándonos para siempre el misterioso encanto de su luz.

Con todo, las nubes no mueren del todo. Quedan y se van, aprisionadas por el recuerdo, y, sobre todo, fieles al acaecer de los días.

Azorín, en una página en donde exalta estas bellezas errantes, aseguró que las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad.

“Las nubes —dijo— son siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas como nuestro ser y toda las cosas corren a la nada, en tanto que ellas, tan furtivas, permanecen eternas”.

Unas poderosas concentraciones de vapor, adoptando aspectos de cúpulas o desvanecidas como cendales, suelen llamar la atención en ciertas tardes de verano: son las nubes, diosas de la inmensidad, intensas como la aventura de Saulo, quien cayó fulminado por una de ellas. Son las nubes... son las amadas vagabundas.

Los paisajistas van a mirarlas y a retenerlas. ¿Se retienen las nubes? ¿No son ellas, siempre veleidosas, imagen de lo que huye y no permanece? “Dichoso el río, que pasando queda”, dijo el poeta. Esto quiere decir que a pesar de la eterna

mudanza de las cosas, los elementos tienen un secreto poder inmóvil, y que las nubes, como los ríos, **pasan quedando**. Ya hemos enlazado nubes con ríos. En verdad, los ríos son nubes que se cansaron de estar arriba y bajaron a trabajar rumores; también podemos decir que las nubes son las almas de los ríos que se durmieron en el mar.

Y están unidas fuertemente a la idea de libertad. Ellas necesitan campo, “salón abierto”, espacio, mucho espacio para retozar a sus anchas. Las nubes no prosperan en lugares estrechos, como al río no le crecen las barbas entre los meandros. Son las velas del tiempo, los dragones y trampantojos que suelen padecer los ojos del viajero de avión, y en estas condiciones ellas alquilan inmensos telones de fondo y escenarios gigantescos para poder desarrollar con limpieza sus actos de ilusionismo. Porque las nubes son consumadas ilusionistas que allá, por la ruta del aire, muestran al señor del jet un rebaño de elefantes, una torre de Bagdad, o el insólito abrazo de un cocodrilo y un gigante: Isidoras Duncan del espacio...

“El hombre es una nube de la que el sueño es viento”, dijo la poesía de Luis Cernuda.

Una cosa tienen, y es que son millonarias de la forma.

Desde que Lucas Howard, en su obra **On the modification of Clouds** (Londres, 1803), clasificó por primera vez las formas fundamentales de nubes que conocemos (estratos, cúmulos, cirros y nimbos), estas infinitas bayaderas han inventado nuevos pasos de danza, y así no hay verano sin estreno de nube, todo condecorado por el firmamento que les sirve de escena.

Goethe les consagró un poema, en donde habla del dios de las nubes, el venerable Camarupa hindo, que ya aparece en Kalidasa en forma de poderoso demiurgo que anima y preside las transformaciones del vapor.

“Cuando el dios Camapura —dice Goethe— camina por los aires, y recorre los pliegues de su ondeante velo, su espíritu ve cambiar las formas que su juego

suscita, y ora está quieto, ora se levanta raudo como el sueño, llenándonos de asombro, de suerte que a los ojos apenas damos crédito”.

Los ojos... ¿qué son ellos, sino destinos de lo Alto?

Esta fabulilla voy a contarles:

Un abuelo salió con su nieto a tomar el sol, y se encontraron a un perro triste y hambriento, como son todos los perros sin amo. Lo acariciaron, le dieron de comer, y de pronto el necito exclamó:

—¡Abuelo! ¡Está ciego! ¡Mírale los ojos! ¡Está ciego!

Varios minutos permanecieron silenciosos. De pronto, el niño preguntó:

—¿Qué es lo que tiene en los ojos, que no lo deja ver?

Y el abuelo, ocultando una lágrima:

—Tiene nubes, hijo.

—¿Y de qué le vinieron?

—De tanto ver el cielo...

Podríamos bautizar a las nubes con estas imágenes al azar: polvillo de los astros, humo de Dios, vacas del aire, casas del más allá, algodones teológicos, obras completas de Miguel Ángel, multitudes de silencio, “ideas que el viento ha condensado” (Campoamor), almohadas del alma, inmuebles de Proteo, piedras del cielo, guardarrayas de la luz, niñeces de la lluvia, cortinas del Olimpo, góvías de los volcanes, mausoleos de los gigantes, mejillas de los Titanes, multifamiliares de los ángeles, butacas numeradas del Valle de Josafat, crinolinas de las hadas.

Hacia el atardecer, cuando el aguacero ha lavado los campos y los caminos, suelen apoderarse de los horizontes con sus incendios monumentales. Hora del Angelus, recamado de belleza indecible, y tanto que el espectador no sabe qué hacer: allí las tiene, como un congreso de genios en pleno. Unos instantes, y el milagro desaparece barrido por las sombras, porque en las nubes, lo mismo que en las vidas y la sucesión del tiempo, **todo es subida y declinación**, como decía Gracián.